

Ojos de acuarela

Teruel está vacío las noches de invierno, sobre todo si el viento y la lluvia inundan las calles. Desde el centro de la plaza, el Torico refleja la luz amarilla de las farolas. Sigue igual que siempre, exactamente igual. Miro la mano que sostiene el paraguas. Es una mano fuerte, robusta, pero la piel está arrugada, agrietada y llena de manchas. Me veo en el espejo que ha formado el agua sobre el suelo. Las ondas de las gotas distorsionan mi rostro, aun así, se pueden distinguir unas arrugas tan profundas que la luz no puede escapar de ellas. Parezco otra persona.

Recuerdo pasear con mis hijos cuando eran pequeños y encontrarnos con ese amigo al que hacía tiempo que no veíamos. Con una expresión forzada de incredulidad, decía: “¿Estos son tus hijos? ¡Qué rápido crecen!”. Al escuchar, reparaba en que tenía razón. El cambio parece invisible cuando lo ves día tras día. Doy un pisotón al charco. Que viejo me he vuelto de pronto.

Hace por lo menos diez años que me dejó, quizá ocho, en realidad no lo sé. Me resulta complicado llevar la cuenta. También me resultó difícil llorar. Todos los que la conocieron, los que lo hicieron de verdad, lloraron. A mí me resultó imposible hasta que, unas cinco semanas después, me derrumbé. Había acabado de comer y estaba viendo la televisión cuando las lágrimas empezaron a salir sin avisar. Su imagen vino a mí y fui consciente de que ya no estaba. Era incapaz de respirar y me dolía el pecho. Acabé sollozando, temblando sobre el sillón, acurrucado igual que un niño pequeño. Ella decía que no se me da bien mostrar mis sentimientos, que aguanto todo lo que puedo hasta que reviento por algún lado. Me temo que conmigo tampoco hice una excepción.

Desde esa tarde, estar en casa parecía un castigo. Cualquier cosa, incluso los arañazos de las puertas o los rodapiés ennegrecidos, me mostraban imágenes amargas. Todos me decían: “No pienses en ello, concéntrate en seguir adelante”. Pero qué sentido tenía si ya había andado casi todo el camino.

Para escapar de la casa empecé a pasear por la ciudad, por todas y cada una de las calles que la conforman. No me detenían ni las heladas ni las tormentas como la de esta noche. El tiempo nunca era un problema, una bufanda y un abrigo conseguían mantenerme caliente, dentro siempre tenía frío.

Ahora, en la plaza, solo se escucha el sonido del agua. Hay porches que flanquean la fuente sobre la que está el pequeño toro, pero prefiero quedarme bajo la lluvia. Me gusta

el sonido seco del agua golpeando la tela del paraguas. Me hace sentir en paz, acompañado. Un soplo de viento arrastra unas gotas que me salpican en la mejilla. Se me clavan como agujas, me hacen sonreír.

Tenía veinte años y era julio. Pasaban de las doce de la noche y la plaza estaba repleta de gente. Teruel en las Fiestas del Ángel. Debía de ser domingo, quizá sábado. El toro aún llevaba puesto el pañuelo rojo, seguro que no era lunes.

No sé qué hacía allí solo, ni donde estaban mis amigos. Andaba por la plaza en busca de alguien que me prestase hielo, aunque no recuerdo llevar ningún vaso en las manos. Había un grupo de chicas de más o menos mi edad. Bebían y reían gastándose bromas entre ellas. Me parecieron simpáticas y me acerqué para pedirles un cubito. Una de ellas bromeó salpicándome. Mojó sus dedos en lo que quedaba de su bebida y estrelló diminutas gotas sobre mi cara para, según ella, refrescarme. La broma les hizo gracia y, aunque me escocían un poco los ojos, a mí también.

Nunca se me han dado bien las charlas banales, tampoco suelo acercarme a desconocidos para iniciar una conversación, pero ese día estaba inspirado. Empezamos a hablar de dios sabe qué. Pasaron al menos quince minutos y sin embargo no había reparado en la chica que tenía justo al lado. De pronto, nuestros ojos colisionaron.

Pensé que eran falsos. No quiero decir que ella me resultase falsa, su mirada escupía sinceridad. Lo que quiero decir es que los ojos no parecían reales. Eran intensos, de un color verde muy saturado, demasiado brillantes como para estar viéndolos en mitad de la noche. Me la imaginé delante de un espejo, repasando sus iris con un pincel empapado en pintura.

—Tienes unos ojos preciosos —dije sin darme cuenta.

—¿Qué? —contestó ella arqueando las cejas.

La estaba mirando con la boca abierta y sus amigas empezaban a murmurar y reírse. Me defendí lo mejor que pude:

—¡Son verdes! —dije emitiendo un extraño y agudo chillido— Como los míos.

Se acercó con un movimiento rápido y empezó a estudiar mis ojos a menos de dos centímetros de mi cara. Me puse rojo y notaba el sudor recorriéndome la espalda.

—Bueno... más o menos —sentenció con una mueca.

Sus amigas se rieron, ella sonrió y yo hice el ridículo. A partir de entonces, en mitad de la conversación del grupo, ella y yo entablamos un dueto. Era un poco bruta, no tenía

tacto para decir las cosas y aprovechaba cualquier ocasión para asestarme una pulla. Me parecía maravillosa.

Me invitaron a pasar la noche con ellas. Empezamos a andar dirección a los Arcos. Allí se concentraban unas cuantas peñas a las que solíamos ir los jóvenes. Por el camino comenzó una dinámica de comentarios, risas y miradas que se repetía una y otra vez. Aunque me encontraba cómodo, empecé a ponerme nervioso. Sentía la necesidad de estar haciendo bromas cada vez que la atención se centraba en mí. En uno de esos alardes de saber cómo actuar bajo presión, la cogí en hombros, me caí y me abrí la cabeza. Nada serio, un rasguño en realidad, pero un río rojo cruzaba mi frente y goteaba sobre el suelo de manera escandalosa.

Dimos media vuelta y me acompañó hasta la plaza de la catedral para que pudiera limpiarme. Al llegar, en la fuente junto al muro de piedra, unos niños llenaban sus pistolas de agua impidiéndonos el paso. Haciendo cola como en un supermercado, a los dos nos dio un ataque de risa. Y así sin más, con un horrible dolor de cabeza y guiñando un ojo con el párpado cubierto de sangre seca, supe que ella era la mujer de mi vida.

Cuando por fin se fueron los críos, me acerqué para limpiarme. Ella estrelló su puño sobre el agua y comenzó la guerra. Acabamos empapados. Bromeábamos dándonos pequeños puñetazos en el hombro y haciéndonos muecas de enfado el uno al otro. Hablamos de mil cosas y compartimos silencios. Cada vez que nos mirábamos sentía que un tren me embestía y me hacía pedazos.

Por fin me limpié la cara y nos sentamos en el borde de la fuente. Tardamos muy poco en secarnos, hacía mucho calor. Nos quedamos en silencio salvo por pequeños comentarios intermitentes. Unos minutos después, ella se levantó y puso sus manos en mi cabeza. Examinó con cuidado la herida, después me miró a los ojos:

—Bien —dijo—, no hay daños cerebrales. ¿Vamos?

Me hubiese gustado quedarme allí con ella toda la noche. En vez de proponérselo, guardé silencio y asentí con la cabeza.

Dejamos la catedral a nuestra espalda y salimos por una de las calles estrechas que llevan a la plaza. Al llegar al Torico giré dirección al Tozal para poner rumbo a la zona donde sus amigas nos esperaban. Ella me cogió del brazo señalando con la cabeza la dirección contraria. Comenzamos a andar animados, fingiendo que el camino más largo, era el más corto. Llegamos a la Plaza San Juan, no había nadie. Las peñas de los alrededores habían terminado por esa noche, solo se oía el murmullo grave de las que aún seguían con la fiesta a lo lejos.

En ese momento algo cambió. Ella seguía sonriendo como lo había hecho durante toda la noche, pero sus ojos me parecieron tristes. Por primera vez, el silencio entre nosotros resultó incómodo.

—¿Vas a volver con tus amigos? Yo creo que voy a volver con las chicas.

Mi cabeza se bloqueó y me quedé mudo. No entendía porque después de pasar toda la noche juntos parecía que quería perderme de vista. Rozó mi brazo con sus dedos.

—¿Qué quieres hacer? —dijo.

Me encogí de hombros y aparté la vista muerto de vergüenza. Me sentía pequeño y miserable. Nunca he odiado tanto a nadie como me odié a mí mismo en ese momento. No entendía que pasaba, si se había cansado de mí, si toda la conexión anterior había sido solo un espejismo, o si me había descubierto cobarde e inseguro.

Me di por vencido:

—Voy a volver a la plaza a ver si los veo.

Ella asintió y me abrazó. Fue un abrazo corto, frío. Dio un paso hacia atrás muy despacio. Se despidió agitando la mano. La imité y di media vuelta con ganas de echarme a llorar. Avancé contando los pasos: veinte, veinticinco, treinta. Paré en seco para mirar hacía atrás. Nadie. Estuve a punto de echar a correr, pero justo en el momento en que mis pies iban a despegar del suelo para ir a buscarla, abandoné la idea. Ya no tenía ganas de seguir de fiesta, tampoco quería ver a mis amigos. Volví andando a casa.

Cuando me metí en la cama me di cuenta de que ni siquiera sabía su nombre. Habíamos hablado durante toda la noche como si nos conociéramos de toda la vida y a esos amigos no les preguntas que edad tienen o como se llaman. No tenía su número de teléfono, ningún modo de contactar con ella o sus amigas. Pregunté sobre la misteriosa chica durante varios días, pero no llegué a ningún resultado. Nadie de mi entorno la conocía, puede que hubiese venido de otra ciudad, puede que siempre hubiese vivido en Teruel, nunca lo supe y nunca volví a verla.

Unas botellas de cristal golpeando entre ellas me devuelven al presente. Un camarero arrastra dos bolsas de basura sobre el suelo mojado. Cierro el paraguas, ha dejado de llover. Tengo los zapatos calados y no me siento los dedos. Creo que es hora de regresar a casa.

Camino con los pies empapados hacia los viaductos que unen el centro con el ensanche. Me pregunto que habrá sido de la chica con los ojos de acuarela. Me pregunto por qué su rostro se ha quedado intacto en mi mente como una fotografía y, sin embargo,

me cuesta ver la cara de mi mujer. No entiendo porque me asaltan esos recuerdos, supongo que mi mente es una viajera caprichosa.

Sin darme cuenta estoy en mitad del viaducto viejo. Los adoquines mojados crean la ilusión de que voy caminando sobre un puente de luz etéreo. Deseo que empiece a llover, lo echo mucho de menos. Noto las luces del centro brillando a mi espalda. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Quiero darme la vuelta, mirar hacia atrás. Aguanto el impulso, lo sujeto con todas mis fuerzas. Si no me giro ella seguirá allí, seguirá siendo joven y yo todavía tendré la oportunidad de volver a ver ese verde imposible.